

**LA GEOGRAFÍA ENTRE EL DISCURSO
Y LA REALIDAD.
REFLEXIONES EN TORNO A UN TEMA CENTRAL**

Prof. MIGUEL ANGEL SILVA
Instituto de Geografía de la Universidad Nacional de La Pampa
Departamento de Geografía de la Facultad de Humanidades
y Ciencias de la Educación de la UNLP

- 1. INTRODUCCIÓN. SITUACIONES Y PREGUNTAS**
- 2. EL VIRAJE DE LA REALIDAD Y DE LOS DISCURSOS**
- 3. EL ECLIPSE DE LOS DISCURSOS MATERIALES.**
- 4. LA BÚSQUEDA DE LAS MATERIALIDADES CULTURALES
A TRAVÉS DE LA TRADICIÓN Y DE LA CRÍTICA.**
- 5. LA SITUACIÓN ARGENTINA. UNA OPINIÓN ARRIESGADA**

1. INTRODUCCIÓN. SITUACIONES Y PREGUNTAS

He elegido un tema que ha sido una constante y frecuente preocupación en los estudios que vengo realizando desde hace algunos años, producto de mis incursiones- a veces osadas- en el campo de la conexión entre el pensamiento y la geografía. Hace pocos años, con otros dos colegas del departamento de Geografía de la Facultad de Humanidades de la UNLP: Ricardo Agüero y José Cóccaro, escribimos un artículo que partía de las implicaciones y de la situacionalidad de nosotros frente a la Geografía. Evidentemente que el paso de los años pudo pulverizar las aproximaciones que vertimos para el año 1994. Los evidentes puntos de acuerdo

de ese entonces con mis colegas, han cambiado (al menos para mí) y me parece que es altamente sano y gratificante que se pueda producir esa inflexión. No obstante, pretendo rescatar los puntos de partida y conceptos que quedaron de aquél artículo. En realidad, el mismo, a pesar de cierta virulencia crítica, se erigía como alentador acerca de: no sólo la esencia de nuestra “disciplina”, sino también de los posicionamientos como profesionales frente al desarrollo interno de la geografía académica, el rol de la investigación y el de los sujetos ante las problemáticas de la sociedad. En esta ocasión pretenderé realizar una serie de apreciaciones, siguiendo la misma línea conceptual y argumentativa, pero con el agregado de mis puntos de vista a casi seis años de nuestro primigenio trabajo.

Nuevas maneras de discutir el eterno problema de la espacialidad, como descubrimientos que aparentemente tendrían relación con los estudios tradicionales y los críticos renovadores de la geografía, se incorporaron a mis puntos de vista.

Parto de preguntas- nada extrañas- en las discusiones de ciencias sociales y sí muy extrañas para la Geografía. ¿Coinciden los conceptos de las discursividades con la realidad? ¿En este caso de qué realidad hablamos o hacemos referencia? ¿Una realidad generada por la mente de los geógrafos o una realidad internalizada y procesada desde la externalidad? ¿Existen mediaciones entre las relaciones entre Sujeto y Objeto? ¿En qué lenguaje geográfico se traducen, o directamente si los discursos geográficos carecen de tratamiento de mediaciones sujeto- objeto?. A pesar que estas preguntas me llevan a incursionar dentro de lo que podríamos denominar un plano especulativo e imaginativo, en primera instancia, para saciar los deseos de las concreciones y utilitarismos de la mayoría de los geógrafos, me atreveré a conectar los dos planos, con la esperanza de egresar indemne de la virtual dialéctica entre las concepciones teóricas y las empíricas.

Advierto al lector, que indefectiblemente en estas explicaciones me permitiré un desplazamiento a otras “disciplinas”, con más bagaje teórico que la nuestra o mejor dicho con mayor bagaje teórico utilizado para una alianza con las

discursividades empíricas.

La realidad –se construye con un cúmulo de experiencias internalizadas y se la aprehende desde este lugar - no creo- que sea totalmente externa y con esto espero que no se me considere idealista in- extremis; sólo estoy opinando que el papel del mundo de los procesos de internalizaciones son válidos y no podemos sujetarnos a los presupuestos externalistas, de vertiente empirista, como un plano desconectado a la subjetividad, ni tampoco entendería in- extremis los procesos externos articulados dialécticamente desvinculados del sujeto. En este sentido, me inclino a seguir el pensamiento de Adorno, para quien, uno de los peligros del pensamiento identitario lo constituye esta superposición e identificación de las dos categorías: objeto y sujeto, en una sola unidad. Con esta posición evidentemente que los enfoques existencialistas –especialmente los que derivan de Heidegger- son los más desacreditados, como también aquellos que derivan del marxismo vulgar, al identificar el sujeto con el objeto colectivo, (típico del marxismo oficial, político y reificado a partir del sujeto colectivo en las luchas sociales). Continuando con esta forma de análisis me mostraría proclive a pensar en un proceso de mediación que conecte al sujeto con el objeto, pero especialmente a través de los elementos materiales e inmateriales que justifican esta mediación. De ello se desprende la pregunta, que estipulaba la duda acerca de que los trabajos geográficos carecían de mediaciones y aquí tenemos que actuar con cautela, pues muchos trabajos geográficos que internamente se demuestran como críticos y dialécticos, en realidad reproducen categorías conceptuales que observan los procesos de conformación y gestación de los conflictos, desarticulados del sujeto y lo que es peor, mimetizándose el sujeto o los sujetos en dicho conflicto. Creo que la separación que no admite ni mediación y aún menos identificación dialéctica entre sujeto y objeto, la constituye el pensamiento de la racionalidad, sea de índole empírica o de índole teórica- instrumental. Esta vertiente la hemos observado en los discursos neopositivistas o en los discursos sistémicos; si utilizamos una versión en clave dialéctica: en la relación

sociedad- naturaleza o si queremos realizar una exégesis más detallada estudiando las dos macro- conceptuaciones a las que hemos hecho referencia. Con respecto a la Sociedad, las teorías de Parsons, Luhmann, etc. con respecto a la Naturaleza, las teorías de Bertalanffy que fueron y son las más utilizadas por la geografía racionalista-empirista, con el objeto de lograr un status epistemológico que superase el viejo enfoque causalista. No existen muchos autores que entiendan el plexo relacional Sociedad-Naturaleza, unificando los ingredientes racionalistas que nombré por separado. Como también son escasos los autores que conceptualicen los enfoques dialécticos de dichas interpretaciones macro- teóricas. Tal vez, si bien con metodologías y fines distintos, ambas interpretaciones de lo que podríamos denominar Teoría Tradicional y Teoría Crítica apelan al concepto de Totalidad.

Independientemente de las elecciones intelectuales que se generaron en el campo de la ciencia, en sentido amplio, ¿Dónde podemos observar la tan mentada y trillada congruencia, -si es que existe- entre teoría y práctica?. La pregunta tiene aristas muy profundas para ofrecer una o algunas respuestas con contundencia, dado que dependen del tipo de ciencia que trata la realidad, los lineamientos epistemológicos, los intereses de los científicos, si es que son reales, la incidencia de los factores políticos- sociales- económicos e institucionales. Responder a estos puntos implicaría un nivel de compromiso intelectual y ético realmente serio.

Esto tiene mucho que ver con las concepciones racionalistas de la ciencia, defendidas a ultranza por científicos especialmente provenientes de las ciencias exactas y naturales, los que parecen tener todavía un cordón umbilical fuertemente aferrado al positivismo. Para ellos, esta visión sociológica de la ciencia se encontraría plagada de lacras tales como: prejuicios, valoraciones, relativismos inconducentes, etc.

Recordemos que tamaño desafío epistemológico fue motivo de fuertes y descalificadores epítetos para con Thomas S. Kuhn; ni que pensar con respecto a los intelectuales franceses provenientes de las ciencias sociales y humanas

(posmarxistas y posestructuralistas, entre otros), fuente de la máxima anti-racionalidad de fines del siglo XX.

Uno de los problemas centrales de este apartado, gira acerca de poder explicar, una situación muy importante y es la que se refiere a los planos de no coincidencia de la realidad con los discursos.

Considero que éste es uno de los máximos problemas en el sentido más académico, pudiendo provocar descreimientos y rechazos de la mayoría de los geógrafos, a la excesiva intelectualización de los colegas que tienen la ardua y dificultosa tarea de sembrar las dudas acerca de este problema.

Michel Foucault, fue uno de los principales estudiosos de esta “menuda” cuestión.

Y los resultados a los que arribó no fueron especialmente optimistas y creo entender en este momento de profundas fragmentaciones sociales, políticas, económicas, que las ilusiones de coincidencia discursiva y de realidades se alejan cada vez más de nuestro accionar comprensivo acerca de estas mutaciones, donde los aportes de los geógrafos se constituyen en uno más de los tantos que tratan de entender los desarrollos de lo que Hegel denominaba la historia de las ideas y de los hombres sin fin, sin límites, en constante evolución.

2. EL VIRAJE DE LA REALIDAD Y DE LOS DISCURSOS

Este punto nos conecta con el anterior; es uno de los más complejos debido precisamente a la heterogeneidad de los fenómenos sociales, culturales, entrecruzamientos de acciones humanas reales y de representaciones simbólicas. Considero que si no entendemos estos cambios, poco podremos hablar desde la geografía y especialmente cuando nuestro ámbito de acción se encuentra restringido a la espacialidad. La espacialidad entendida en sentido estrictamente geográfico, es contraproducente- limita a la estrecha visión disciplinaria - en cambio la espacialidad como escenario de estas mutaciones se torna más rica y atractiva. El

problema consiste que en la espacialidad se mezclan los elementos materiales y simbólicos y los grados de evolución y cambios que en ella se producen. ¿Pero hablamos de realidad o de realidades espaciales y qué patrones escogemos para diferenciarlas?. Decididamente al analizar la realidad o realidades espaciales, los marcos referenciales que utilizamos, son distintos para espacios concretos y arbitrarios como son los de China, los de Canadá, Sudán o Dinamarca. Varían en su constitución espacial por complejos procesos donde obviamente, el factor temporal es uno de los más importantes, conjuntamente con el cultural- aunque en este último tendríamos que diferenciar la cultura como articuladora de las materialidades, como así también los mecanismos reproductores o cuestionadores de la misma a través de las ciencias (geografía incluida), las artes y la filosofía. Uno de los puntos que sostengo, es que las conformaciones discursivas anteriores, me refiero a las: ilustradas de Humboldt o Ritter, las decimonónicas deterministas- causalistas, las narrativas- histórico- literarias, las de origen racionalista científico o las críticas dialécticas; necesitan perentoriamente una gran redefinición, si tenemos en cuenta y coincidimos en que la espacialidad es el objeto de estudio de la Geografía. Este es un TEMA central y no tengo la pretensión de poder colmar las esperanzas de un acoplamiento del discurso con la realidad. Sí, creo que constituye una tarea básica entender la nueva sensibilidad social, cultural, política, económica y por supuesto, espacial. En los últimos años del siglo XX, una serie de geógrafos norteamericanos, nos están brindando el alerta a través de nuevos re-alineamientos para entender este viraje de la realidad y de las discursividades.

La realidad en sus continuos cambios parecería que se nos presenta de otras formas, produciendo nuevos comportamientos de los hombres y nuevas formas de comprensión del espacio y del tiempo, como asimismo de la sociedad. Algunos han hablado y en cierta medida lo estamos experimentando, de la desaparición del espacio social o mejor dicho, la aparición de nuevas formas de estudio sobre la espacialidad social que se manifiesta esquiva y poco compacta y material como se

venía construyendo durante los siglos XIX y XX. Aquí, podríamos acercarnos a la idea de cyberspacio o los efectos de la tecnologización en los discursos y en los sujetos. Una referencia concreta puede derivarse de la confrontación de la vieja realidad- vivencial y contradictoria- llena de asperezas y rugosidades, completa de acontecimientos, de vacilaciones, de expectativas, de logros y de fracasos, que se plasmó geográficamente en ciertos discursos regionalistas, a través de la revalorización de los estudios del paisaje. También acompañarían esta visión de los espacios-estructurados bajo el amparo de la Modernidad- las interpretaciones humanistas y perceptuales, como las interpretaciones dialécticas, especialmente las provenientes o ligadas con el economicismo determinista elaborado por el marxismo decimonónico y actualizado por algunos economistas y sociólogos marxistas del siglo XX.

Es por ello que las realidades contradictorias u objetivas, estéticas o utilitarias, constituían el laboratorio de estudios, especulaciones e investigaciones de los profesionales de la modernidad (geógrafos, incluidos). La realidad era por así decirlo, tangible, propensa a su apropiación y maleabilidad y de acuerdo al pensamiento organizador, se constituyó en: objetiva y conservadora, asimilable y contemplativa, reformadora o revolucionaria- contestaria, sensible y estetizante, pragmática o utilitaria, por lo pronto es necesario recordar que estos presupuestos teóricos-epistemológicos, estuvieron presentes en los discursos geográficos que hemos transitado, a veces en forma inconsciente, otras con fervientes convicciones, otras siguiendo oleadas de nefastos oportunismos, a veces con grandes reservas y otras con gran entusiasmo. Así, los geógrafos nos apropiamos de la parcela de conocimiento adjudicada por el establishment académico e investigativo de acuerdo con las vicisitudes de los distintos países, (sobre este tema me detendré en el apartado 5). Este es el escenario de la realidad, este es el escenario del mundo como fuente inagotable de experiencias y de profanaciones conceptuales, es el impacto racionalizador en la realidad, es el impacto de los componentes ideológicos, fácticos o estructurales que se apoderaron de las materialidades y se trasuntaron en formas

discursivas simbólicas que en cierta medida entretejieron redes de poder y conocimiento, como asimismo la irrupción de vanguardias estéticas que trabajaron y se conectaron con problemas espaciales; ellos han sido y son los baluartes del reinado exclusivo de la cultura modernista.

Toda esta riqueza que interpretaba la realidad, como una totalidad, pero desde diferentes miradas caleidoscópicas, se resquebraja, se cuarteja con la aparición de un momento crítico modernista a fines del siglo XX. Iniciándose o tal vez, reconociendo después de importantísimos logros, los fracasos parciales a los que había arribado. Es lo que, de forma genérica se denomina **Posmodernidad**. La pérdida de identidades totales, la ausencia de discursos legitimadores de postulados progresistas, reformistas o marxistas ante el avance del capitalismo globalizado, la crisis del sujeto como agente activo de transformaciones, la derrota y la conversión en figuras espectrales de conceptos, que otrora eran dinamizadores, como por ejemplo: la lucha de clases; constituyen el panorama y el teatro de acciones que nos ha tocado en suerte a los que habitamos en el mundo occidental. ¿Pero qué posturas deben decidir nuestro accionar, como geógrafos ante esta nueva realidad?. Sería conveniente revisar en este caso los discursos que trataron de legitimar la cultura modernista, ¿pero, con qué armas?. Si tenemos en cuenta que esta realidad parece que se evanesce, podríamos apelar a los discursos tradicionales para tratar de que los mismos nos den cuenta, de la manera más certera posible, de los impulsos culturales que constituyeron la estructuración modernista, pero la misma se encuentra frente a una crisis que parece irreversible y sin retorno...

3. EL ECLIPSE DE LOS DISCURSOS MATERIALES.

El título de este apartado, se puede entender siguiendo las líneas de consideraciones precedentes y se relaciona directamente, no tanto con lo que algunos geógrafos confunden con respecto a la posmodernidad, sino que se abocaría a la desaparición de los discursos materiales por el efecto de la denominada revolución

cibernética. Mi posición en este sentido tiene un fuerte arraigo y cuestionamiento desde mi formación académica y no se trata de un pensamiento esclerotizado; sino todo por lo contrario siempre he defendido el pensamiento avanzado y he atacado la falta de reflexión en la geografía- al menos en este país -, su renuencia al diálogo y sus irrefrenables tendencias objetivistas y positivistas. Me parece que con esta nueva revolución tecnológica los geógrafos (no confundir con la geografía posmoderna) actuales suplantando enmascaramientos espaciales, que tan ordenadamente los geógrafos neo- positivistas de las últimas dos décadas lograron. Constituye una nueva forma, muy sofisticada, de olvidar el o los procesos de narraciones y de discursos que desnudaron la realidad, que la diseccionaron- aunque sea en forma descriptiva y morfológica- y la horadaron siguiendo las tendencias e impulsos de la cultura modernista, a la que hacía referencia en el apartado anterior. También podremos tratar el tema tan urticante si el denominado progreso tecnológico lo es, como se pregona habitualmente. Considero, necesario acudir a la “vieja” teleología aristotélica, que se encuentra vigente más que nunca para poder desentrañar el fin de estos cambios tecnológicos y cuales son las pretensiones acerca de la concepción del hombre contemporáneo y para el caso específico de la geografía, su inserción como un componente de la espacialidad y de sus relaciones y manipulaciones con otros elementos que constituyen la espacialidad- sean culturales o naturales. El tratamiento del tema en cuestión tiene que ver con los Sistemas de Información Geográfica, los que en su uso abusivo restringen la realidad espacial a un sistema de coordenadas sin vida, que puede presentarse interesante a los sentidos primarios, pero que difícilmente puedan suplantar a las herramientas convencionales utilizadas por la geografía tradicional o por sus vertientes subjetivistas y críticas. En un reciente artículo, el colega Jorge Pickenhayn, hacía referencia a esta situación sobre el uso de los ordenadores y de los fractales, rescatando el importante avance en cuanto a la actualización de las formas, pero me parece que podríamos retener, siguiendo su opinión, una imagen de geógrafo, similar al cuadro del pintor holandés,

Jan Vermeer: *Ein Geograph in seinem Arbeitszimmer*, que aparece en la portada del libro de David Livingstone: *The geographical tradition*.

Manuel Castells, en los últimos años produjo una interesante y completa obra sobre el problema de la sociedad red, que se denomina: “La era de la información”. A través de tres volúmenes explora el impacto que se produce en las sociedades y economías capitalistas avanzadas y los grados de concentración en estratos de elevada cualificación y de juventud marcada, lo que llevaría a una fuerte individualización del trabajo, como consecuencia de la flexibilización laboral. Pero el impacto analizado es el que se deriva de la tecnología en los medios de comunicación y sus implicaciones en la vida urbana, en las políticas globalizadoras y de las alteraciones fácticas y teóricas de la naturaleza del tiempo y del espacio. Otro punto analizado, se deriva de las transformaciones del empleo y del trabajo flexible y los consecuentes efectos de desempleo y exclusión. Estos temas, afortunadamente son tratados en las cátedras de geografía económica y pareciera que existiera una fuerte cambio en el tratamiento que la geografía económica tradicional realizaba acerca de la configuración y organización del espacio, tomando como eje los procesos económicos. Desde esta óptica, los especialistas de este campo se adecuaron indefectiblemente a estudiar los impulsos y las tendencias de lo que podríamos denominar el capitalismo tardío de la modernidad.

Una de las más interesantes e inteligentes críticas a la tecnología y a los efectos de la virtualidad espacial en Geografía, se plantea en EE.UU por parte de algunos geógrafos adscriptos a los que se podrían denominar geógrafos culturalistas posmodernos críticos y a los que haré referencia, exhaustivamente en el ítem siguiente. Para finalizar, este tópico propondría un marco de interpretación que tendría la categoría de meta- teórico y que lo detecté en un análisis profundo que realiza el geógrafo inglés Andy Merrifield, en este caso donde encontraría las improntas de Nietzsche en el pensamiento de Lefebvre, con respecto a la interpretación y relación de este último acerca de la espacialidad social. No sería descabellado, seguir el

pensamiento del filósofo alemán, especialmente acerca de la concepción de lo apolíneo y de lo dionisiaco (que en realidad proviene de la cultura griega). En este sentido Nietzsche, con sus pensamientos intranquilizantes, considera la imagen del pensamiento humano ligado al conocimiento científico, al pensamiento racional, a las formas del pensamiento formal, por lo contrario lo dionisiaco nos acercaría a una visión sensualista, corpórea, festiva de la naturaleza humana con claras connotaciones anti-rationales. El primero se encontraría ligado a la concepción del orden y, por qué no (siguiendo el pensamiento foucaultiano) a la vigilancia y al castigo, a la domesticación, al reduccionismo del individuo a las fuerzas socializantes generadas por los procesos de reificación; en suma al poder establecido. Contrariamente, el pensamiento nietzscheano apostaría a la concepción y a la vivencia emancipadora y cuestionadora de los hombres. Creo, que la historia del pensamiento occidental se ha debatido, entre otras tantas visiones culturales, en pos de esta dicotomía. En el caso que estamos tratando la tecnificación obedecería ciegamente a esta visión del mundo ordenado, nulamente cuestionador y eventualmente destructor de las vivencias corpóreas y de los mecanismos sensoriales, estéticos y materiales-corpóreos.

En Henri Lefebvre, que va a impactar en el pensamiento de Edward Soja, tenemos el caso de recuperación de las materialidades sociales, sensoriales y culturales, que dentro de las coordenadas críticas se erigen como baluartes frente a los procesos de desmaterialización en los que puede incursionar la nueva tecnología. En esta conceptualización sería interesante encontrar qué medida le ha correspondido la visión del logos y del anti-logos a los discursos geográficos; si lo han hecho en forma separada o alternada y en qué medida respondían a las incitaciones de los momentos culturales en la historia de la geografía, en particular y de las ciencias en su sentido más amplio.

4. LA BÚSQUEDA DE LA CULTURA MATERIAL A TRAVÉS DE LA TRADICIÓN Y DE LA CRÍTICA.

En este punto trataremos los estudios culturales materiales a través los geógrafos norteamericanos- ingleses y franceses que se inscriben en la Nueva Geografía Cultural. Indiscutiblemente los nombres de Harvey, Gregory, Soja, Claval, surgen como los más representativos y a los que acudiré desde la crítica; pero dejando también las compuertas abiertas para una reconsideración discursiva de otros enfoques tradicionales: la geografía cultural de estirpe saueriana o los discursos regionalistas y me atrevería a pensar en los discursos ligados a las concepciones dialécticas tradicionales, como asimismo aquéllos que rescatan la subjetividad humana como centro y vórtice de la espacialidad. La línea del pensamiento cultural norteamericano y en menor medida francés, tiene dos direcciones:

A) Una que nos remite a entender los fenómenos culturales, desde una visión más clásica que tiene su origen en los estudios franceses de los primeros cincuenta años del siglo XX y también con los aportes de la escuela de Berkeley de Carl Sauer y los recientes estudios de Paul Claval.

B) La otra que trata de identificar los cambios espaciales y culturales y su tratamiento por vías extremadamente anti-convencionales en geografía: apelando a tratamientos que se derivan de discursos post- estructuralistas y deconstruccionistas.

La primera línea posee la ventaja de reconsiderar los estudios culturales desde una aproximación más tradicional y disciplinaria. La segunda indefectiblemente apela a la transdisciplinaria

A) Se reflejaría por los estudios del clásico, en estas cuestiones: Carl Sauer y la escuela de Berkeley. La línea del pensamiento saueriano, si bien inscripta en lo que se podría denominar morfología cultural, fue importante por el hecho de introducir elementos etnográficos a la comprensión de la evolución de los paisajes. Los esfuerzos denodados de mantener la geografía cultural - si la entendemos en un paralelismo con los estudios de género de vida- se pudieron ejecutar en la década

de los 60 con los estudios de Wagner y de Mikesell. Pero en los años 70 y a raíz de los fenómenos de uniformización de las sociedades y del afianzamiento de la cultura de masas; los enfoques de la geografía cultural de estirpe etnográfica, que no consideraban elementos sociológicos y psicológicos parecían que encontraban su fin. Es por este motivo que los estudios de geografía cultural, debieron re-orientar sus bases teóricas y metodológicas para comprender un mundo que en una década había cambiado sustancialmente con la aparición de los fundamentalismos religiosos, el rebrote de los nacionalismos extremos, el reclamo de las identidades y culturas locales periféricas, la aparición de movimientos sociales de minorías, etc. Todo ello llevaba indefectiblemente a entender una nueva dialéctica instalada que se orientaba a las contradicciones de lo local y de lo global. Es así que la línea cultural anglosajona es la primera en avizorar estos cambios que corresponden a lo que podríamos denominar: geografías culturales del capitalismo tardío.

B) Los estudios culturales post-modernos, que incluyen los post-estructuralistas y los deconstruccionistas, se basan siguiendo las bases filosóficas de éstos, en compartir la idea de a- historicidad y anti-subjetividad, reduciendo la concepción del hombre a términos axiomáticos y formales, apelan a cuestionar esta subjetividad humana como fuente de creatividad, dado que el hombre es un producto focal de fuerzas. Recordaremos que el estructuralismo tiene sus fuentes en Ferdinand de Saussure en lingüística, seguido por Roland Barthes en semiótica, Levi-Strauss en Antropología, Michel Foucault y Luis Althusser en filosofía.

Uniéndose el estructuralismo, se encuentra la deconstrucción que reconoce su inspirador en Jacques Derrida. Sobre la base de todos estos aportes los estudios geográficos - culturales producen un entretejido de textos cuya significación no está dada por el autor, sino por los lectores. Con estas bases los estudios culturales fijan su atención a las intertextualidades, a la estética, al análisis codificado de las obras literarias- geográficas. Uno de los geógrafos ingleses que se introducen en este tipo de análisis es Derek Gregory- quien con su obra *Geographical Imaginations*- nos

invita a un recorrido por las conformaciones y trasfondos culturales que constituyen la espacialidad material. El autor lo que pretende y logra, es decodificar los significados que las intelecciones sobre lo geográfico, se transmitieron a lo largo de la producción intelectual de nuestra ciencia. Indefectiblemente, apela a tratamientos extraños al quehacer geográfico tradicional, por ejemplo son sugestivas y atrapantes, las incursiones que realiza sobre el poscolonialismo, especialmente a través de autores como Edward Said o Michel de Certeau, Gayatri Spivak, que son autores que instauran una línea de análisis culturales denominados como estudios subalternos. A través del poscolonialismo, se pueden descubrir y articular a través de los efectos colonizadores de Occidente y los receptores de Oriente, los efectos del poder y del conocimiento como generadores de discursos centralizados y hegemónicos.

El caso de Harvey, es distinto, aunque manteniendo su habitual adhesión al materialismo histórico y dialéctico, incursiona sobre los efectos de los cambios culturales que se producen en el capitalismo tardío, como asimismo los efectos de compresión temporo- espacial producto de las nuevas relaciones materiales e inmateriales en la conformación de las espacialidades sociales y urbanas.

Para Edward Soja, en su *Thirdspace* explora a través de la dialéctica espacial los cambios producidos en la ciudad de Los Ángeles, donde nos anima a entender los nuevos fenómenos espaciales, tratando de encontrar dimensiones que recuperando las materialidades, las aborda de forma distinta a las convencionales, proponiendo juegos imaginativos, buscando los rastros y alegorías que en los espacios urbanos del capitalismo tardío es posible encontrar.

Otros autores se desplazan dentro de las geografías culturales: desde el ya conocido Yi-fu-Tuan y sus ideas sobre topolatrías, como asimismo los estudios sobre el lugar y el paisaje y sus representaciones, en los trabajos de Denis Cosgrove, James Duncan, David Ley, Stephan Daniels, Michael Dear, Allan Pred, etc. Un geógrafo destacado y quizás uno de los pioneros en estas últimas décadas ha sido Gunnar Olsson quien va a proponer una renovada preocupación por los problemas

que caracterizan al lenguaje y a las formas de representación y expresión del mundo. Casi todos estos autores transitan por tres andariveles intelectuales que es necesario aclarar para ejemplificar los puntos centrales de la discursividad posmoderna (Coscuella y Torroja, A):

a) Reflexionar sobre los problemas de la representación y los medios de comunicación. La deconstrucción de las categorías de análisis y discursos haría rescatar como las implicancias ontológicas, implícitas en todo lenguaje de representación, condicionan el libre pensamiento de las realidades específicas.

b) Captar la diversidad de modulaciones contextuales discursivas. El reconocimiento del relativismo contextual espacio- tiempo de la formación del conocimiento y de los discursos habría de exigir la flexibilización de las categorías de análisis y teorías, ambos de acuerdo con las especificidades del entorno de aplicación, sobre todo sociales y culturales.

c) Desarrollar una metodología pluralista que incorpora la diversidad de razones ajenas y evitar el reduccionismo. Toda reconstrucción de discursos teóricos-sociales habría de proceder a la transcodificación de los distintos enfoques competitivos preexistentes, mediante oposiciones dialécticas de las categorías de análisis. Pero no con el objetivo de integrarlos en nuevas síntesis, sino para provocar tensiones creativas que incentiven el diálogo libre, flexible y pragmático entre la pluralidad de las interpretaciones contrapuestas, sin exclusiones ni priorizaciones. Esto haría surgir un eclecticismo escéptico de perspectivas opuestas antes de las diferencias y tensiones.

Un hecho notorio, que considero debe ser remarcado y es que en líneas generales, la presencia de las geografías posmodernas, lejos de constituir una serie de discursividades que tiendan a legitimar las mutaciones del capitalismo tardío y de conectarse a niveles de compromiso con los discursos filosóficos posmodernos, constituyen para la mayoría de los autores que tratan la problemática una creatividad crítica, imaginativa y radical de las espacialidades geográficas. Hago esta aclaración,

por el hecho de explicar que para algunos colegas nacionales el enfoque posmoderno es sinónimo de conservadurismo. En este sentido las prioridades del fortalecimiento del estudio de las fuerzas sociales, institucionales y culturales que tiendan a un reforzamiento de las identidades de lo local son preferidas por esta nueva discursividad geográfica. Como asimismo su atención en las construcciones de las materialidades e identidades de minorías lingüísticas, sexuales, religiosas, étnicas, etc. Un ejemplo, en los países anglosajones lo brindan las geografías del género, que tratan acerca de las marginaciones sufridas por las mujeres (teniendo en cuenta su grado de conexión con la espacialidad) por parte de una organización y una internalización discursiva geográfica de estricto corte masculino y dominador.

5. LA SITUACIÓN EN ARGENTINA. UNA OPINIÓN ARRIESGADA

Las opiniones vertidas en este ítem son estrictamente personales y por lo tanto discutibles -aceptadas o rechazadas en su totalidad-, o parcialmente compartidas. Es el juego del pensamiento plural y democrático. Desde esta perspectiva es necesario aclarar que la situación de análisis, no sólo compete a las facetas discursivas e investigadoras, sino que comprenden a las instituciones que nuclean a los geógrafos nacionales. En este análisis, pretenderé respetar las tareas intelectuales de mis colegas; no obstante daré una serie de opiniones que indefectiblemente, se constituirán en frentes de crítica y reflexión y construcción de un espacio de consensos y de disensos. Para lograr este objetivo es necesario realizar una primera aproximación de los estudios geográficos en los centros académicos, desde donde rescataré en primer lugar un lugar crítico que lo he venido observando desde mis años de estudiante de grado, de auxiliar docente y de profesor adjunto y titular, cargo actual en la UNLP. Una de las preguntas que siempre me intrigó- como espero que a muchos de los que lean estas líneas- estribó y estriba- en los grados de conexión de los estudios académicos en las universidades argentinas y el contexto social, político, educativo y económico. Quiero aclarar, que cuando

me refiero a universidades argentinas, tengo que ser cauteloso, dado que los estudios de Geografía resultan muy dispares en las distintas unidades académicas, en lo que respecta al perfil de formación académica de los profesores, auxiliares y estudiantes, en los campos profesionales tradicionales de la geografía argentina: Preparación de docentes para la antigua enseñanza media (hoy EGB y Polimodal) formación académica de profesorado e investigación académica para graduados universitarios, que desempeñen su actividad en el seno de los departamentos de Geografía y formación de licenciados en geografía. No obstante tratarse de cuestiones distintas, sin embargo buscaré un hilo conductor de aciertos y desaciertos de este trípode profesional geográfico. Vuelvo a la pregunta inicial para encontrar un patrón común que dé respuesta a la misma. Creo que la Geografía en primer lugar- salvo las consabidas excepciones- no supo, no quiso o no pudo amoldarse al cambio cultural y epistemológico que se producía en el campo de las ciencias sociales. Y digo, ciencias sociales porque éste es el terreno epistémico donde se debe desenvolver la ciencia geográfica y no desde las ciencias naturales (ello no refiere a ninguna actitud descalificante para estas ciencias), sino que se trata de un criterio que necesita de profundización y maduración para su inclusión dentro del campo anteriormente citado. Al menos, en Argentina durante la década de los 60, 70 y 80 los estudios de la geografía regional francesa, prácticamente paralizaron la revisión crítica discursiva de la geografía. No obstante, quiero ser ecuánime, dado que bajo el amparo del regionalismo existieron lineamientos y reacomodamientos en torno a la planificación regional, que posteriormente fueron a desembocar en los estudios de ordenamiento territorial. Pero me parece que los abordajes teóricos impartidos en las currículas de las carreras universitarias en geografía, siguieron enseñando los conceptos regionales como depositarios del legado académico francés. Quizás las experiencias de transferencia y conexión entre la teoría regional y el planeamiento regional se llevó a cabo en las universidades del interior del país, por estar libres de fuertes centralizaciones y en contacto directo con la realidad geográfica regional. La irrupción

del sistemismo en Geografía, dotó a la geografía académica de rigurosidad científica en el tratamiento de los distintos ángulos epistemológicos en los que comenzaba a desarrollarse la geografía, con el ánimo de ordenar las ideas vertebradoras de la relación sociedad, naturaleza y espacio. Paralelamente el surgimiento (en Argentina, adaptación de los geógrafos ingleses y norteamericanos) de las estructuras del pensamiento lógico brindó un importante aporte a la revaloración de un concepto clave en geografía: el espacio y la localización. Situación que la vieja geografía regional no había olvidado, sino que el abordaje cognoscitivo difería diametralmente de la geografía analítica. Entusiasmo y auto-consideración de científicidad invadieron a los geógrafos argentinos; pero con esta situación se olvidaba algo sumamente esencial y definitivo en la geografía: El hombre y sus realizaciones sociales. Constituía un vaciamiento de las materialidades, rugosidades y densidades humanas que quizás la geografía regional, a pesar de poseer un bagaje teórico para comprenderlas no las pudo adaptar a la nueva (para nosotros) oleada de científicidad y racionalidad que impregnaba las humanidades y las ciencias sociales.

En Argentina este impacto se va a hacer presente a principios de la década de los 80. Los discursos críticos inspirados en corrientes de pensamiento radical, desde la más variada pertenencia ideológica, estuvieron ausentes o marginales. ¿Habría alguna conexión con el régimen político de la época con esta recuperación de las ideas de neutralidad geográfica frente a los hechos que los sujetos geógrafos debían afrontar? ¿O fue mera coincidencia?. Las respuestas quedan para la elaboración y recuerdo de los colegas lectores que transitaron este camino en forma de adhesión incondicional o los que tuvieron que rever sus posiciones al momento del planteo teórico, entre los cuales me incluyo. La apertura democrática de 1983, supuso un realineamiento de la sociedad en su conjunto y de la Universidad y de las ciencias sociales y humanas en particular. La renovación epistemológica llegó consustanciada en lo que personalmente denominé dos aristas: Una como producto de la recuperación de los valores democráticos y de la supresión de la censura

intelectual que había hecho estragos durante el período militar. El cambio institucional fue benéfico, pues en cierta medida obligó a algunos geógrafos a replantear los componentes epistemológicos de las corrientes de pensamiento y el resurgimiento de nuevos postulados, con perfiles más definidos y nítidos de algunos colegas que poseían un fuerte posicionamiento ideológico en la geografía, y fuera de ella. No es extraño que bajo el imperio de estos marcos contextuales la geografía universitaria acudiera al auxilio de las ciencias sociales para fortificar la posición de la geografía como ciencia social; pero en algunos casos la exageración conceptual discursiva fue tan ideologizada, sociologizada y desespacializada que se olvidó de los focos de las localizaciones y de las espacializaciones que, en cierta medida, la geografía locacional precedentemente, había sobresignificado y la geografía regional había mantenido. Una de las alianzas de los movimientos radicalizados o pseudo- radicalizados se obtuvieron con los enfoques ambientalistas y especialmente ecologistas, muy en boga a principios de los 90. Paralelamente, surgieron dentro de las universidades líneas de investigación que lamentablemente tecnificaron aún más a una ciencia- que de por sí había cosechado escasos logros culturales dentro del contexto de las ciencias sociales- y que en muchos casos, era verdaderamente ignorada en cuanto a su capacidad de generar discursos teóricos ricos en conceptualizaciones y marcos metodológicos. Incomprensión injusta desde las ciencias sociales, pero más imperdonable desde la geografía y desde los geógrafos que no difundieron la capacidad de complejidad que la ciencia geográfica ofrecía. A principios del siglo XXI, nos encontramos ante lo que se podría denominar el auge de la cibernética y de los sistemas de información geográfica. ¿No estaremos frente a una situación de fascinación tecnológica y crearemos que la geografía, con el uso de estas técnicas, reforzaría su status científico?. Pero, ¿Qué sobrevive del análisis narrativo, del análisis discursivo, de la discusión de las ideas que los fenómenos geográficos presentan en forma tan generosa, para que podamos imaginarlos, desentrañarlos, debatirlos, comprenderlos y racionalizarlos? Mucho me temo que todo se simplifique a través

de un análisis de los hechos, como simple expresión de la espacialidad y que su riqueza intrínseca que la posee, sin lugar a dudas, quede sepultada y aniquilada. Reconozco, en este sentido, que la geografía siempre estuvo en deudas: con el pensamiento especulativo- teórico, con el compromiso ideológico, con su relativa participación en la gestión espacial y territorial; pero de allí a convertirse los geógrafos en los nuevos tecnócratas del siglo XXI, me lleva a sostener la idea que esta situación, parece una actitud altamente presuntuosa en el proceso de confundir y reducir riquezas y componentes materiales que constituyen espacios de fertilidad reflexiva y crítica; con instrumentalismos insulsos, carentes de atractivo intelectual, y reduccionismos operacionales, que lo único que ofrecen son ilusiones magnificentes de pragmatismo y pseudo- embelesamiento intelectual.

Miguel A. Silva